

Conceptualizaciones de la menstruación en las adolescentes de sectores populares

Patricia Hamel Barbosa

Psicóloga. Depto. Psiquiatría y Salud Mental, Fac. de Medicina, U. de Chile

Para referirse a las adolescentes de sectores populares urbanos y rurales, es necesario vincular el tema al lugar que ellas ocupan en la sociedad, en tanto mujeres y en tanto clase social. Ambos aspectos se potencian mutuamente en términos de la situación de subordinación, dominio-sumisión a que se ven sometidas, y hacen más drástica su carencia de poder y de participación.

Los sectores populares urbanos y rurales a los que hacemos referencia constituyen los niveles más bajos de la estratificación social. Se caracterizan por la pobreza, la estrechez de las viviendas, el hacinamiento, la inestabilidad laboral del jefe de hogar, la deficiente satisfacción de sus necesidades de salud, de educación y de recreación. Las dificultades económicas, y en ocasiones la búsqueda de estrategias de subsistencia, hace que las adolescentes pertenecientes a estos sectores muchas veces deserten de la escolaridad precozmente y queden marginadas de posibilidades de información.

A la situación anterior, que comparten con los adolescentes hombres de su medio, debe agregarse el lugar que ocupan como mujeres en una sociedad patriarcal, caracterizada por contradicciones de género ligadas a las relaciones de poder entre hombres y mujeres. Muchas veces aun sin conciencia de ello, los primeros se consideran un género superior, y discriminan y subordinan al otro. Tal percepción, por lo demás, forma parte "natural" de la educación (Lutz 1991) y se transmite de una generación a otra, repitiéndose cíclicamente.

El género puede entenderse como la construcción social y cultural de los roles, esto es, expectativas de conductas adscritas que definen derechos y obligaciones por el solo hecho de pertenecer la persona a uno u otro sexo. Implica que los varones y las mujeres deben comportarse según cánones determinados de lo que se supone es lo masculino y lo femenino respectivamente.

Al hombre se le adscribe ser fuerte, activo, racional, dominante, la toma de iniciativas, la capacidad de mando, impulsos sexuales que no puede postergar y que debe satisfacer, infidelidad por "naturaleza". A la mujer se le adscribe la obediencia y sumisión al varón desde su "naturaleza" suave, receptiva, pasiva, sentimental, abnegada, de servicio a otros y de postergación de sus necesidades más básicas; incapacidad de dirigir (excepto en el interior del hogar, a su cargo exclusivamente y donde es única responsable de los hijos), fidelidad, pertenencia a un "dueño"; se le atribuye un destino principal e inherente, el ser madre, para lo cual debe negar su sexualidad y desconocer su cuerpo, y ello como signo de ser mujer "decente, moral y buena", digna de ser la esposa de alguien y la madre de los hijos de ese alguien.

Patricia Hamel es socia titular de la Fundación Emerger, y socia fundadora y titular del Instituto Chileno de Terapia Familiar. El trabajo que aquí publicamos fue presentado al I Congreso Nacional "Mujer y Salud Mental" (Panel "Cuerpo, sexualidad, reproducción y mujer"), realizado en Santiago los días 11, 12 y 13 de junio de 1992.

¿Cómo se construyen estos roles, que contribuyen a mantener a la mujer en un lugar de opresión y secundariedad? Existe un aspecto que generalmente no es tomado en consideración, es pasado de largo, pero está enquistado en la autoimagen de muchas mujeres.

En el proceso de socialización cotidiano y subliminal, especialmente en hitos en su desarrollo psicosexual, como el de la menarquia y subsecuentes menstruaciones, las adolescentes suelen recibir un mensaje desvalorizante respecto a sí mismas y a su cuerpo. En general, es la propia madre, u otra figura femenina, la encargada casi exclusiva de transmitirlo y, de no mediar otra información, cada una lo transmitirá también a sus propias hijas, sin casi advertirlo. En ausencia de otras fuentes de información, la socialización primaria juega un rol preponderante en la adquisición de una autoimagen corporal y de funcionamiento fisiológico basada en la tradición oral de conceptualizaciones otrora vigentes, o de vacíos que buscaron explicación empírica.

Es sabido que las adolescentes de los sectores populares tanto urbanos como rurales desconocen el período más fértil de su ciclo menstrual y que, en general, lo ubican durante la menstruación, a similitud del período de celo de algunos animales. No cabe duda de que es imperioso informarlas correctamente sobre el funcionamiento de su cuerpo. Sin embargo, es muy importante, además, trabajar con ellas las creencias y mitos sobre la menstruación que funcionan como elementos cognitivo-culturales en la autoimagen de la mujer joven. No basta la sola información acerca del ciclo reproductivo, que siempre se enseña en clases de biología, con esquemas abstractos y desligados de la experiencia concreta de las adolescentes —que los visualizan como algo ajeno, que no les compete—, sino es necesario elaborar y redefinir estas conceptualizaciones de tal manera que ayuden en la búsqueda de cambios en las actitudes hacia sí mismas. Es necesario detenerse para elaborar los significados simbólicos que la sangre menstrual tiene para ellas.

Las principales creencias, mitos y conocimientos etnocientíficos que manejan son los siguientes:

- La mitad no sabe por qué menstrúan las mujeres, pero la tendencia es a considerar que la menstruación sirve para que la mujer sepa cuándo queda embarazada desde el momento de su suspensión, y no como parte de la preparación del organismo al embarazo.
- En otras, la menarquia, aunque es visualizada como un hecho normal, en el sentido de que les tiene que ocurrir a todas las mujeres (si no, son consideradas "marimachos" y anormales), es resentida como un castigo, una consecuencia de la maldición de Dios sobre todas las mujeres por haber desobedecido la advertencia divina de no comer el fruto prohibido, en un acto que puso en evidencia la debilidad femenina y pecadora de Eva. Por lo tanto, es un hecho que hay que aceptar con resignación: "Dios lo dispuso así y es un castigo que le dio a Eva". "Es un castigo de Dios por la historia ésa de Eva". Destaca la actuación de una madre, que explicaba a su hija que "se iba a enfermar por abajo y que Dios la iba a castigar si no le decía la verdad". "Cada vez que me llegaba [la menstruación], me decía lo mismo: Dios te está castigando" (Hamel et al. 1983). Revivir cada mes el castigo por el hecho de ser mujer, en algún nivel de la conciencia conforma una autoimagen que deteriora la salud mental de un amplio porcentaje de mujeres.
- Para otras, la menstruación es el descanso sexual de la mujer, equivalente a la eyaculación masculina. Una respuesta que entrega una adolescente de 19 años, que cursó hasta tercer año medio, del sector rural de Codegua, ejemplifica este mito. Al preguntarle por qué menstrúan las mujeres, responde: "Desahoga el organismo, bota todo eso, las mujeres no tienen tanta excitación como los hombres". Otra del mismo sector, de 18 años, cuarto año medio, afirma: "Por botar todo lo malo de adentro, por no excitarse. La sangre que no corresponde, que no debiera estar en el cuerpo de uno. Mi mamá dijo que era para que no sean como los hombres, que con un beso se excitan; en cambio las mujeres con la regla se calman". Estas expresiones ponen en evidencia la doble moral sexual para hombres y mujeres, "justificadas" o "explicadas" desde lo biológico.
- Algunas interpretan la menstruación como la salida de la sangre mala que se acumula en el organismo debido a los "machucones" que uno recibe durante el mes.

Estas interpretaciones de la menstruación también están presentes en las parejas de las adolescentes rurales, varones entre 18 y 27 años con escolaridad de cuarto año medio. "Es un período que tienen que pasar ellas, no es lo mismo que el hombre. Las mujeres tienen su descanso sexual todos los meses".

"Porque la mujer cada mes tiene que botar como unos residuos, es como para que bote y quede limpio el organismo por dentro. Que se haga como una limpieza, porque eso se va acumulando".

Al momento de aparecer la menarquia en las adolescentes urbano-populares, predominan reacciones negativas en el 53,66 por ciento, tales como miedo, vergüenza, rabia, disgusto, sentirse nerviosas (Hamel et al. 1983). Algo similar se observa en las adolescentes rurales de un sector de Codegua, a quienes, en una proporción de tres de cada cinco, les surgen los mismos sentimientos negativos descritos (Hamel et al. 1992).

No es difícil imaginar la repercusión constante, mes a mes, sobre la autoimagen femenina, de un hecho percibido tan negativamente y frente al cual, además, deben guardar silencio como ante algo feo y sucio que debe ser ocultado.

La sangre menstrual es percibida llena de impurezas, con poderes dañinos, que ponen en riesgo la salud y la vida de las mujeres, si no se observa una serie de normas tales como no bañarse, no lavarse el pelo, no mojarse los pies con agua fría, no enfriarse, que se basan en resabios aún vigentes de la medicina hipocrática (tales reglas tendrían por objetivo no provocar desequilibrios en uno de los humores del cuerpo, la sangre, considerada cálida y húmeda, frente a la condición fría del agua o del frío) (Weissner, 1990). Según tales creencias, si no se observa estas normas, la menstruación se puede "cortar" y esa sangre se va al cerebro o al organismo (generalmente dañando el aparato reproductivo) y puede provocar "locura", intensas cefaleas, parálisis, dolores de ovarios o de los huesos cuando más adulta, e incluso hasta la muerte.*

De acuerdo a estas concepciones, la sangre menstrual tiene tales poderes dañinos, que puede ser usada para potenciar el poder del "tabacazo" (brebaje usado con la intención de hacer daño, generalmente a un hombre, por venganza, castigo o envidia, que se describe en la etnomedicina dentro de las creencias de males y daños por acción mágica hacia terceros); se piensa que puede causar a quien lo toma, trastornos mentales, alteraciones de conciencia, enfermedades físicas graves o, incluso, la muerte.

En síntesis, un hecho normal que marca el inicio de la capacidad reproductiva de la mujer, que debiera ser valorado como el logro de una potencialidad del ser femenino, se convierte en un hecho negativo, amenazante, que la desvaloriza y disocia de su sexualidad y le recuerda permanentemente (a algunas) su naturaleza pecadora, sucia, vergonzante. Es un elemento que retroalimenta la condición femenina como una "carga" y un "dolor" que debe "sufrir" la mujer, lo que la coloca nuevamente en un plano de inferioridad social (Hamel et al. 1992), el cual debe aceptar con resignación.

Muy lejos está de nuestra cultura popular y rural celebrar ese día con un rito de pasaje dignificante para la mujer, que la haga asumir su cuerpo de mujer como algo valioso, que merece ser cuidado y respetado principalmente por ella misma. Lejos están las prácticas del ofrecimiento de la sangre menstrual a los dioses y diosas por considerarla divina, en cuanto da vida.

La desinformación sexual lleva y mantiene el sello del poder, del control sobre la mujer, y la conceptualización de su fisiología recién descrita no sólo retroalimenta su imagen desvalorizada, sino que constituye además una forma sutil e insidiosa de violencia contra la mujer adolescente, que impregna su vida desde muy joven.

Me formulo las siguientes preguntas: la desinformación de las adolescentes populares respecto a los mínimos conocimientos científicos sobre su cuerpo, su sexualidad y fisiología reproductiva, ¿cumple además otras funciones sociales? Esto es, ¿contribuye a mantener el estatus quo de la pobreza, al exponerlas a altas probabilidades de embarazo e intensificar la precariedad de sus ya difíciles condiciones de vida, asegurando al mismo tiempo la reproducción de un "ejército industrial de reserva", necesario y útil a un sistema de explotación de la mano de obra barata?

* Es interesante acotar que en el siglo IV a.C., en el "Tercer libro de las Epidemias" de Hipócrates, éste ofrecía dos hipótesis para explicar la causa de la enfermedad mental posnatal (más conocida hoy como depresión posnatal, psicosis puerperal o de la lactancia, etc.): (1) teniendo en cuenta que *loquios* significa la descarga de sangre posterior al parto, cuando eso se suprime puede llegar a la cabeza y provocar desórdenes; (2) cuando la sangre se junta en los pechos de las mujeres, indica locura. Estas hipótesis se convirtieron en dogma médico durante los siguientes dos mil años (Dix 1991).

Este facilitar los embarazos en jóvenes, ¿no servirá también de distractor para mantenerlas ocupadas e impedir una conciencia más crítica de la mujer respecto a su lugar social, que la llevaría a exigir de su sociedad lo que ésta no está dispuesta a ofrecerle? Porque la maternidad absorbe a la adolescente y deja libre el camino para que todo siga igual.

BIBLIOGRAFÍA

- Dix, Carol. *El síndrome de la madre nueva*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana 1991.
- Hamel, P.; D. Asún & M. Andrade. "Información y conducta sexual de la adolescente embarazada urbano-popular chilena". *Revista Chilena de Psicología* 4:2 (1983).
- Hamel, P.; V. Gazmuri & E. Neves. "Sexualidad y conducta reproductiva de la adolescente embarazada del consultorio de atención primaria de Codegua". Trabajo libre presentado al II Congreso de Investigadores Sociales y Médico-Sociales sobre Juventud Chilena. Santiago, 13 al 16 de mayo, 1992.
- Lutz, Elvira. "Ser mujer". *Cuaderneta* Nº 3, 2ª época. Montevideo: AUPFIRH, dic. 1991.
- Rodó, Andrea. "El cuerpo ausente". *Proposiciones* 13. Santiago: Ediciones SUR, 1987.
- Ortner, Sherry. "¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura?". En O. Harris y K. Jones, *Antropología y feminismo*. Barcelona: Eds. Anagrama, 1979.
- Weisner, Mónica. "Comportamiento reproductivo y aborto inducido en mujeres chilenas de sectores populares: Una perspectiva antropológica". En Mariano Requena, ed., *Aborto inducido en Chile*. Santiago: Edición Sociedad Chilena de Salud Pública, 1990.